

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

15, 22, 29 de octubre, 1 de noviembre de 2023

MD 2023 / 13

SED DE SANTIDAD

Las próximas semanas culminarán con la fiesta de Todos los Santos. Muchas veces pensamos solo en los que son conocidos: san Damián de Molokai, santa Juana de Lestonnac, san Francisco de Asís... Pero la Iglesia, que es sabia y nos quiere, nos invita a vivir esta fiesta ampliando la mirada, para que caigamos en la cuenta de que la Iglesia está nutrida por muchos santos anónimos. San Nicetas de Remesiana se preguntaba: «¿Qué es la Iglesia sino la asamblea de todos los santos?». Efectivamente, todos estamos llamados y podemos llegar a ser santos.

La santidad es la consecuencia natural de una vida entregada a quien nos amó primero. La santidad es el estado de perfección que sueña nuestro Padre para cada uno. La santidad es el premio de la plenitud anhelada por un corazón consumido como un cirio de tanto amar. Por ello, siempre es buen momento para comprobar a dónde nos llevan nuestros deseos. Si es hacia la santidad, vamos bien. Si nos dirigen a otros lugares más brillantes, pero oscuros por dentro... entonces necesitaremos pedir a Jesús que nos conceda la gracia de tener más sed de Él. Ojalá que nuestros deseos coincidan con los planes de santidad que tiene el Padre para nosotros.

ALBERTO PARA

D. 28 del tiempo ordinario / A
D. 29 del tiempo ordinario / A
D. 30 del tiempo ordinario / A
Todos los Santos



¿SÍNODO DE OBISPOS O SÍNODO DE LA IGLESIA?

Uno de los documentos más relevantes en estos momentos en el camino sinodal es el *Instrumentum Laboris*, herramienta de trabajo para el discernimiento de los participantes en la primera sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar en octubre de 2023. Es el fruto de todo el material recogido durante la fase de escucha de la Iglesia universal y, en particular, de los documentos finales de las Asambleas Continentales. No sugiere respuestas, más bien articula algunas intuiciones que han surgido en el proceso, abre interrogantes y nos emplaza a profundizar.

Como sabemos, siendo una Asamblea General de Obispos, está destinada principalmente al discernimiento y propuestas que se presentarán más tarde al Papa por parte de los pastores de la Iglesia. Hasta ahora la mayor parte de los representantes pertenecen, por la naturaleza misma de este encuentro, al episcopado. No obstante, en octubre veremos cambios en la composición, un incremento, por ejemplo, del número de mujeres participantes en el mismo. La creatividad y las metodologías harán que se creen otras convocatorias que, salvaguardando la necesaria reunión de los obispos, nos conduzcan hacia una

Asamblea eclesial, como ya se viene practicando en América Latina, con diferente composición con respecto a la Asamblea General Ordinaria en cuanto a la participación, contando con una amplia representación del Pueblo de Dios.

Herramienta valiosa para diferentes grupos

Centrándonos ahora en lo que tenemos por delante, hemos de subrayar cómo el *Instrumentum Laboris* es una herramienta valiosa para los grupos individuales a nivel diocesano y nacional, para que puedan continuar su camino de reflexión y discernimiento sobre cómo caminar juntos como Iglesia. Y realizar iniciativas eclesiales, porque en realidad lo que se pretende es la máxima participación del Pueblo de Dios. Además, este *Instrumentum Laboris* puede ofrecer una oportunidad especial para una reunión –incluso virtual– entre el miembro o miembros de la Asamblea y, al menos, el equipo nacional en el período previo a la reunión de octubre. De este modo, la función representativa de cada uno de los miembros de la Asamblea puede hacerse tangible.

Las tres cuestiones prioritarias, en el centro de los trabajos de la Asamblea sinodal de octubre, están vinculadas



a las tres palabras que constituyen el tema del Sínodo: comunión, misión y participación. Cada una de las prioridades está desarrollada por cinco fichas de trabajo, es decir, cinco enfoques diferentes sobre el mismo tema, que permiten apreciar y considerar mejor en el discernimiento la diversidad de personas y de contextos sociales, culturales y religiosos tal como surgieron durante el proceso. Cada ficha presenta una breve reflexión, le sigue la pregunta básica para el discernimiento que se llevará a cabo en las distintas sesiones de trabajo y algunas sugerencias para la oración y la reflexión preparatoria de cada miembro de la asamblea. ¿Por qué no utilizar en parroquias y en comunidades cristianas estas fichas y seguir el ritmo de este proceso sinodal tan apasio-

nante? ¿Por qué no seguir practicando en nuestros entornos eclesiales la conversación en el Espíritu?

En el fondo, el *Instrumentum Laboris* da testimonio de la experiencia de fe del Pueblo de Dios y de los nuevos pasos en los que se siente llamado a profundizar en la práctica de la dimensión sinodal de la Iglesia. El protagonista es el Espíri-

tu Santo, que ha guiado el camino y ha infundido esperanza. Nos muestra la experiencia de una Iglesia viva: de encuentros sinceros y cordiales entre hermanos y hermanas en la fe; nos ha hecho tocar con las propias manos la universalidad de la Iglesia que, en la variedad de edades, géneros y condiciones sociales, manifiesta una extraordinaria riqueza de carismas y vocaciones eclesiales y conserva un tesoro de diferencias de lenguas, culturas, expresiones litúrgicas y tradiciones teológicas. Sigamos todos juntos caminando, al aire del Espíritu. No nos apeemos antes de tiempo, porque es la Iglesia peregrina la que hace Sínodo con los pasos de todos sus hijos.

FERNANDO CORDERO MORALES SS.CC.
*Miembro de la Comisión de Comunicación
de la Secretaría General del Sínodo (Roma)*

SANTA TERESA DE JESÚS, HIJA DE LA EUCARISTÍA

Santa Teresa de Jesús es «hija de la Eucaristía» porque, en su formación moral, en su santidad, la Eucaristía tiene un influjo poderosísimo y decisivo. Jesús es el centro orbital de su vida. Como san Pablo, también ella se ha encontrado con el Resucitado, y este le ha cambiado la vida. Puede asegurar, como el apóstol, que «ya» no es ella quien vive, sino que Cristo Jesús vive en ella. Está convencida de que todo en ella deriva del hecho de que «Él la ha amado» y que a este amor ella le corresponde con amor esponsal. Todo este amor de Teresa a Jesús confluye, naturalmente, en la Eucaristía. Porque la Eucaristía es Él. En su obra *Camino de perfección*, Teresa escribe: «Está tan disfrazado en estos accidentes de pan y vino, que es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar» (C 6,9). Pero, al fin, el alma, que lo ama, solo en la Eucaristía lo encuentra con presencia real: «No tiene otra cosa que amar». El principio y el fundamento de este amor encendido de la santa a la Eucaristía fue aquella fe suya, tan viva y tan crecida, que por ella veía a Jesucristo en la hostia, con la misma seguridad que si lo hubiera visto cuando Él estaba en la tierra (C 34,6).

La santa misa

Para la mística doctora, llamada inquieta y andariega, la misa era literal-

mente un paro en el camino. La misa es el modo de renovar la presencia, viva y salvadora, de Jesús en la historia de la humanidad. Es una presencia tan viva y real que la santa la percibe como si se encontrara con Cristo en el tiempo en que estuvo entre nosotros. Por eso, ella reía en su interior cuando escuchaba a alguna persona decir que querría haber vivido en el tiempo en el Él vivió en el mundo (C 34,6).

Teología de la santa sobre la Eucaristía

La Eucaristía es, principalmente, dos cosas: es sacramento y es sacrificio.

1. Es sacramento: en cuanto al sacramento, uno de los puntos en que se fija Teresa es la real presencia de Jesucristo en la sagrada hostia. «Hele aquí —exclama, jubilosa—... compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fue en su mano apartarse un momento de nosotros» (V 22,6).
2. Es sacrificio: en la Eucaristía, como sacrificio, Teresa se fija con especial advertimiento. Incluso parece que ella no consigue contemplar la sagrada hostia sin ver a Jesucristo sufriente, Jesucristo víctima. Para santa Teresa, el Santísimo Sacramento es «tan buen medio para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces» (C 35,3). Ella

sabe muy bien y lo ve que Jesucristo se quedó en la Eucaristía para sufrir. Esta consideración hace que se dirija al Padre, maravillada: «Pues, ¿qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su Hijo y tal Hijo, y parándole tal, quisiera consentir se quedara entre nosotros cada día a padecer?» (C 33,3). En fin, los ojos y el corazón enamorado de la santa no descubren en la hostia sino a Jesús en estado de víctima, por Él no solo aceptado, sino de verdad querido.

El ministro de la Eucaristía

En el misterio eucarístico es esencial el ministro. En relación con él, la santa insiste repetidas veces en algo en lo que se debería fijar el pueblo cristiano: que la dignidad o indignidad del sacerdote que consagra no influye nada en la eficacia del ministerio sagrado. Es la lección que le enseña, de un modo extraordinario, el mismo Jesucristo. Terminando de explicar una visión sobre un sacerdote pecador, ella dice: «Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros» (V 38,23).

Las ideas esenciales, y que sirven de una auténtica catequesis teresiana sobre la Eucaristía, pueden resumirse de este modo:

1. Antes que nada, Teresa afirma que la Eucaristía es el don por excelencia del Padre, que ya no consiste en el maná del desierto, sino en el don de su propio Hijo. Es la doctrina del capítulo 6 de san Juan. Es

este don-persona lo que pedimos al Padre al decirle que nos dé el «pan de cada día». Y este pan se lo pedimos para el «hoy» pasajero de la vida presente, y para cada día de la eternidad (C 34,1-2).

2. La Eucaristía es, a la vez, la prolongación de la presencia de Cristo entre los hombres. Presencia «velada» de su humanidad, como la encarnación fue presencia velada de su divinidad. La Eucaristía, bajo los signos del pan y del vino, es un nuevo «disfraz» de su Gloriosa Persona. Su Divina Majestad, el Esposo, el Señor, «disfrazado» en el Santísimo Sacramento.
3. Esta misteriosa presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento es la plataforma óptima para poder realizar todas las modulaciones de la oración: adorar, bendecir, dar gracias, alabar, reparar, pedir... Y de un modo muy singular, para unirse a Cristo, y orar con Él y por Él al Padre, por la Iglesia (C 34).
4. La Eucaristía es misterio de presencia y de comunión: principio y semilla de unión. Esta comunión es propuesta por Teresa como un proceso de interiorización-inmersión. Comulgando interiorizamos al Señor, y nos interiorizamos por inmersión con Él: Él en nosotros, y nosotros en Él.
5. La Eucaristía es la manifestación más grande de Cristo y de su amor. En ella se nos descubre, se nos da a conocer, de un modo especial, está oculto, pero dispuesto a ma-

nifestarse a quien comulga según la medida de sus deseos. El Señor tiene muchísimas maneras de manifestarse; pero de hecho «se descubre» del todo solo «a quien mucho lo desea» (C 34,10 y 12).

6. La comunión es el momento de «negociar» con el Señor; es decir, es el momento de la petición, de la intercesión: «Estaos con Él de buena gana. No perdáis tan buena sazón [es decir, una oportunidad tan buena] de negociar como es la hora después de haber comulgado. Si la obediencia os mandare, hermanas, otra cosa, procurad dejar el alma con el Señor» (C 34,10).

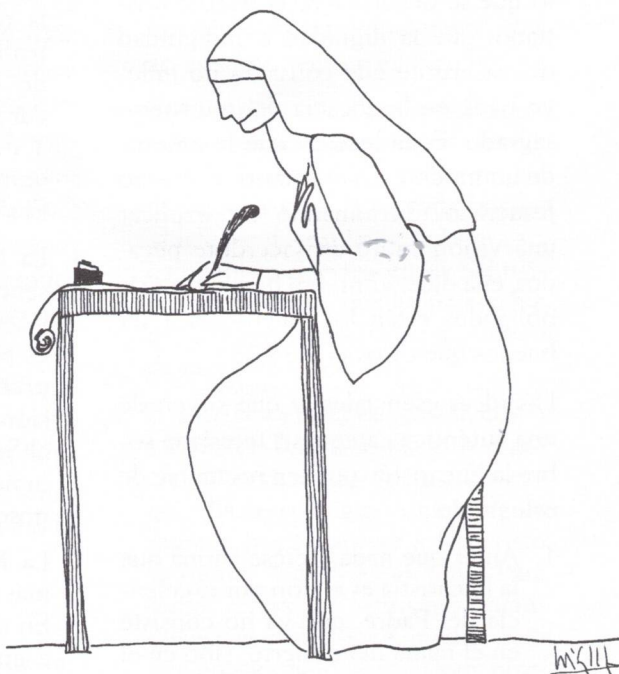
7. Es también un tiempo oportuno para que se nos dé a conocer, para que este buen Maestro nos enseñe, y para suplicarle que no se vaya de nuestro lado (C 34,10).

En la memoria de las primeras carmelitas fundadas por santa Teresa de Jesús quedó impreso en el recuerdo de la última oración de la mística doctora en su lecho de muerte. Ya sin fuerzas, cuando llevan el Santísimo a su celda, la enferma se incorpora, inicia en voz alta el último diálogo con Dios, y le repite una y otra vez: «Ya es Hora, Esposo mío, de que nos veamos». Bellísima catequesis práctica de santa Teresa de Jesús sobre el

Santísimo Sacramento: la Eucaristía, sacramento-sacrificio, y celebración alegre del misterio pascual.

Llegamos, pues, de la mano de la santa, a la bella consecuencia final: el centro, eje de toda espiritualidad teresiana es la Eucaristía. Este es el horno, el fuego amoroso que la calienta toda, la fecunda, la inflama. Por eso es una espiritualidad tan encendida, tan fecunda, tan amable.

VARGUESE CHERIYAKADA VIL, OCD
carmelita descalzo en Tarragona, vicario de
la parroquia del Vendrell
Artículo publicado en El Bon Pastor,
noviembre de 2022



La necesidad de una formación litúrgica seria y vital (IV)

Cómo recuperar la dimensión simbólica (núms. 44-47)

Partimos de lo que el Papa ha afirmado como elemento fundamental de la persona humana: la unidad entre cuerpo y alma como vía de apertura a Dios, frente al materialismo y al espiritualismo (cf. Dd 44). Es en este marco donde se plantea la cuestión fundamental de la recuperación de la capacidad simbólica, esencial para que nos impliquemos plenamente en la celebración sacramental, por mucho que los sacramentos tengan, sin embargo, una eficacia intrínseca (*ex opere operato*); en efecto, «la lectura simbólica no es una cuestión de conocimiento mental, de adquisición de conceptos, sino una experiencia vital» (Dd 45).

Para recuperar la sensibilidad simbólica, Francisco propone dos vías:

1. Recuperar la confianza de la creación, con una mirada respetuosa y agradecida, no en vano los sacramentos –su «materia», en términos clásicos– se confeccionan con las cosas creadas, asumidas por Dios y vehiculadas por el Espíritu (Dd 46). Así se opera una distancia tanto del materialismo como

del espiritualismo, que tienen visiones reductivas sobre la creación.

2. La educación de la interioridad, para poder comprender los símbolos litúrgicos, con sencillez, y mediante gestos y palabras enseñados a los niños. Pero hay que sentirse pequeños y dejar hacer al Espíritu (Dd 47).

Es importante que el Papa sitúe los sacramentos en el ámbito de la dimensión simbólica de la persona humana, como ya hacía la mejor tradición escolástica (los sacramentos se clasificaban *in genere signi*), porque de este modo dejan de ser considerados operaciones mágicas, ya que en ellos *opera* el Espíritu sobre la creación (realismo sacramental), y conectamos con la experiencia humana (realismo antropológico) en orden a la salvación, siguiendo la lógica de la encarnación. Como vemos, volvemos a encontrar la relación entre creación, encarnación y gracia, y entre liturgia y experiencia vital, tan característica del perfil de la formación litúrgica que esta carta presenta.

GABRIEL SEGUÍ I TROBAT, MSSCC

LA HOMILÍA, FACILITAR LA CONVERSACIÓN ENTRE DIOS Y EL PUEBLO

El sentido de la palabra «homilía» no tiene que ver tanto con el «discurso», sino con la «conversación», y el secreto de que así sea requiere que dicho diálogo se haya dado entre el que predica y la Palabra que Dios comunica. Así lo dice el papa Francisco: «El predicador necesita también poner un oído en el pueblo, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar. Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo» (EG 154). Esta es la exigencia, el compromiso que nos obliga a estar atentos y evitar las tentaciones que nos pueden arrojar a querer ser protagonistas y a no ser fieles a facilitar que Dios y el pueblo se encuentren.

Con frecuencia aparece la corrección que muchos hacen y que se refiere tanto al contenido como al estilo comunicativo que usamos. A menudo, el mensaje no llega al corazón, y lo provoca una transmisión demasiado llena de intereses ajenos a la Palabra. Francisco, en el mismo texto citado anteriormente, dice que «se trata de conectar el mensaje del texto bíblico con una situación humana, con algo que ellos viven, con una experiencia que necesite la luz de la Palabra. Esta preocupación no responde a una actitud oportunista o diplomática, sino que es profundamente religiosa y pastoral. En el fondo es una “sensibilidad espiritual para leer en los acontecimientos el mensaje de Dios” y esto es mucho más que encontrar algo interesante para decir. Lo que se procura descubrir es “lo que el Señor desea decir en una determinada circunstancia”».

En diferentes ocasiones, a lo largo de la vida de presbítero y de obispo, he intentado que en el corazón de la celebración esté la oportunidad de hacer posible que el momento de la homilía cuente con un espacio de conversación, algo que la gente ha agradecido de corazón. Podemos hacer que la Palabra de Dios suscite interrogantes y nos interpele a todos, empezando por nosotros, los predicadores, y esto lo transformemos en conversación. Esto pide de nosotros la capacidad de escuchar, humildad para encajar las intervenciones y, con tono de conversación, ofrecer con sencillez y claridad lo que se tiene que transmitir. Esto es posible una vez se ha integrado con un corazón dócil y orante, ya que «de lo que rebosa el corazón habla la boca» (Mt 12,34), o también, como dice san Pablo, «así lo predicamos: no para contentar a los hombres, sino a Dios, que juzga nuestras intenciones» (1Te 2,4).

Hace poco, una persona experta en comunicación me exponía la necesidad de estar preparados para ser ágiles en el momento de entrar en conversación, con gestos y palabras, y poder hacer llegar el mensaje tan valioso que se nos ha encomendado dar a conocer, siempre con el aval de un testimonio increíble. Apliquémoslo a la homilía y dejemos espacio al Espíritu Santo para hacer llegar con fidelidad todo lo que, en cada circunstancia, nos inspira.

SEBASTIÀ TALTAUVLL ANGLADA

Centre de Pastoral Litúrgica

📍 Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 📧 cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicació: David Álvarez

Año LV

Suscripción anual: 89,00€ €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975



CONSEJOS de LOCUCIÓN para los LECTORES LITÚRGICOS

- Un primer principio: leer en misa es «**un ministerio laical**» propio y no una suplencia extraordinaria.
- Un segundo principio: la liturgia es una combinación de **palabras, gestos y silencios**. La «celebración de la Palabra» es una liturgia propia. Leer no es algo de niños, a pesar de que los niños lo hagan y lo hagan bien.
- Un tercer principio: hay que buscar siempre una «**coherencia comunicativa**» en todo. Se trata de buscar **la adecuación** de lo que decimos con lo que hacemos, y de lo que hacemos con lo que decimos.
- Un cuarto principio: es necesaria una sana «**comodidad**» (o **naturalidad**) en todo lo que se hace litúrgicamente. No forzar nunca lo que no nos sale del corazón. Porque eso siempre se transmite, y porque tampoco hay tantas normas establecidas. Hay que evitar la sobreactuación, o la excesiva teatralidad.

1 La preparación: ¿Necesitamos mucha preparación previa?

- ¡Sí! Hay que llegar antes a la iglesia, leer la lectura, entenderla, hacerla nuestra, etc.
- En la Biblia hay muchos géneros literarios: históricos, narrativos, epistolares, poemas, canciones, cuentos, etc. Y no todos se pueden leer igual.
- Hay que asegurarse de que el Leccionario está en el ambón y tener bien situada la página de «nuestra» lectura. No salir nunca con hojas o fotocopias en las manos (o con la «Hoja Dominical»), sino leer directamente del libro de la Palabra de Dios.
- Lo ideal sería no conectar ni desconectar los micrófonos, porque (en teoría) siempre deberían estar conectados (si no se acoplan). En todo caso, nunca darle golpecitos para asegurar que funcionan.
- Pensemos que –antes– deberíamos hacer como los que cantan: calentar la voz. Quizá también necesitaremos un poco de agua o algún caramelo (para salivar).

2 La acción: ¿Cuándo nos levantamos?

- Un buen principio: «no se empieza ninguna acción litúrgica hasta que no se termina otra». Hay que **evitar las «simultaneidades»**, las prisas y carrerillas. Por tanto, esperaremos a que el monitor haga la introducción a la lectura. Ambas cosas a la vez son **una distracción** para la gente.
- Los que hacen servicios litúrgicos no deben situarse lejos del presbiterio. Incluso puede ser que ya estén allí porque ha subido con los demás ministros en la procesión de entrada.

3 La puesta en escena / la acción litúrgica: ¿Cómo vamos hacia el ambón?

Cuando nos levantamos debemos ser conscientes de que:

- Iniciamos una **procesión** litúrgica, sin prisas (en silencio).
- Que vamos a proclamar la **Palabra de Dios**, con la importancia que esto supone.
- Que subiremos al presbiterio por las **escaleras del centro** del altar (mejor). No somos un espontáneo.

- Que no pararemos a hacer ninguna genuflexión, ni inclinación, a nada ni nadie (porque nosotros llevamos la Palabra de Dios y estamos bajo la presencia de Dios en la comunidad reunida: que es el Cuerpo de Cristo). Olvidemos el sagrario y el Santísimo, el santo patrón o el Santo Cristo...
- Que solo hacemos **una ligera reverencia al altar** (y su centro), porque es la única presencia estática de Cristo que hay en esos momentos. La reverencia no debe ser hacia ningún ministro que preside la celebración.
- El ambón o el facistol debería estar **muy bien iluminado** para leer (ni más ni menos).
- **Hay que mirar a la comunidad** porque es la que debe recibir el mensaje. Hay que establecer un contacto visual directo. (Todo en **silencio**, porque **la pausa** sirve para **llamar más la atención de la audiencia**).
- Nunca se dice el enunciado de la lectura: ni «Primera lectura», ni «Segunda lectura», ni «salmo responsorial», ni la cita numérica, ni la frase en rojo, sino que se empieza leyendo la referencia de la lectura: **«Lectura de...»**. Después sigue **una pequeña pausa**, porque hay que dar tiempo al oyente para que sitúe en la memoria la lectura que escuchará a continuación y se prepare para escuchar.

4 La sintonía: ¿Qué hacemos cuando llegamos al ambón?

- Procuramos situarnos en el centro del ambón y del Leccionario, muy derechos, nos ponemos las gafas (si es necesario) y ponemos el micrófono a la debida altura de la boca (en silencio).
- La posición y **postura del cuerpo** es muy importante, es la comunicación no verbal (por ejemplo; con las manos). Pensemos en que hay **«imposturas»**.

5 La locución: ¿Qué hacemos para empezar a leer?

- Es muy importante saber **proyectar la voz** (como en el teatro), por eso es bueno mirar a toda la comunidad reunida y hacer como si nos dirigiéramos a la persona que está más lejos. Debemos estar muy atentos al **retorno** de nuestra voz por los amplificadores: debemos oírnos a nosotros mismos.

- Hay que **leer poco a poco** (por una «cuestión técnica»: la megafonía recoge nuestra voz; y por una «cuestión de teoría del conocimiento»: los oyentes necesitan tiempo para hacerse a «la idea»). ¡Atención! Los nervios nos harán acelerar.
- Hay que **vocalizar** mucho: abriendo la boca en cada palabra (labios, lengua y dientes).
- Hay que tener muy en cuenta nuestra **respiración**. ¡No puede faltarnos el aire! Empezaremos con una respiración profunda.
- Hay que hacer la **entonación debida**, para evitar una monotonía en la voz. Tampoco hay que hacer «cantinelas».
- Hay que **modular la voz**. No es necesario chillar ni hacerlo en voz baja. Se debe mantener siempre el mismo tono de voz.
- Hay que mantener siempre el contacto visual, en cada párrafo, en cada «punto y aparte», en cada punto, en cada palabra, en cada frase, en cada afirmación.
- Hay que **controlar mucho los nervios** (aparecerán donde menos lo esperamos: en la voz, en las piernas, en las manos, en la cabeza...) y hay que **vigilar los tics nerviosos** (rostro y manos). Corremos el peligro de ser nosotros mismos la distracción de los oyentes.

6 El final: ¿Qué hacemos cuando hemos terminado? ¿Cómo tenemos que salir?

- Cuando se termina el texto de la lectura escrita se hace una pausa larga y volvemos a mirar a la gente de la comunidad.
- Nunca decimos: «¡Es Palabra de Dios!», sino solo «**¡Palabra de Dios!**» (con tono de proclamación) porque no es una afirmación ni una explicación, sino que se trata de una **aclamación** para poder arrancar de la asamblea otra aclamación: «**¡Te alabamos, Señor!**».
- No salimos corriendo, sino que nos esperamos para recoger la respuesta de la comunidad. Tampoco nos esperamos al otro lector, para darle el relevo, porque el otro no vendrá hasta que nosotros lleguemos a nuestro sitio.
- Marchamos deshaciendo la procesión, por el centro del altar. Si es necesario, y si nos sentimos cómodos con ello, hacemos de nuevo una reverencia al altar. Y volvemos a nuestro sitio en la comunidad, en el presbiterio (en **silencio**). De camino de vuelta hacia el sitio, no vamos ni cabizbajos ni saludando a la gente.